



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XII.

DIRECTORA.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 30 de Setiembre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

La vanidad, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez. — **Los jazmines**, poesía, por D.^a María G. Galan y Godoy. — **Solo un Dios y solo un culto!** novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez. — **Amor de madre**, poesía, por D. Francisco Jimenez Campaña. — **El palacio de Montsabrey**, novela. — **Seccion infantil**, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez. — **Variedades**.

LA VANIDAD.

(CONCLUSION.)

A través del ancho portal se distinguia la puerta principal, y multitud de personas que entraban ó salian á cada instante.

Teresa miraba con ansiedad, pero sin saber qué partido adoptar, se dejó caer sobre un banco sin poder apenas tenerse en pié.

Hacia muchas horas que no tomaba alimento, y su cabeza se desvanecia.

El portero la vió, pero tuvo lástima de ella: creyó que estaba allí para implorar la caridad de los que llegaban, y no la arrojó de aquel lugar.

La anciana sentia pasar los momentos y su impaciencia crecia y se aumentaba su malestar.

—Decidme, murmuró al cabo, dirigiéndose á aquel hombre, ¿es este el palacio del señor duque de B.?

—Ciertamente, la dijo él, este es.

—Y... ¿vive aquí su secretario?

—¿D. Luis de C.? pues yo lo creo! respondió el portero mirándola con sorpresa y curiosidad, pues no podia pensar que hubiese nada de comun entre aquella mendiga y el favorito de su señor.

Al escuchar el nombre de Luis el corazón de la pobre Teresa palpitó con fuerza, y en sus ojos brilló un rayo de delirante alegría, pero se contuvo y solo pudo murmurar:

—Yo quisiera verlo... hablarle un momento.

—Bah! eso no es tan fácil: seria preciso esperar mucho, hoy sobre todo que es dia de recepcion.

—¡Ah! ¡no podré verle! murmuró ella con voz triste.

Habia tanto dolor en el acento de Tere-

sa, que aquel hombre, compadecido, la replicó:

—Buena mujer, si viene V. á pedir una limosna...

—¡Oh! no; quiero hablarle.

—Entonces, mucho tiene V. que esperar, exclamó el portero encogiéndose de hombros.

Teresa vió pasar algunas horas indescriptibles. De vez en cuando miraba al interior de la casa con una expresion que la palabra humana no sabria describir, pero que encerraba una mezcla de temor, de angustia, de desesperacion y de ternura.

Era muy tarde ya, y la anciana, viendo que nadie se cuidaba de ella, se fué acercando poco á poco y como atraída por una fuerza irresistible al interior de aquella casa.

—¿Dónde va V.? la preguntó entonces el portero.

—¡Oh! exclamó Teresa con acento de súplica, no me niegue V. la entrada; yo necesito verle, verle ahora mismo.

—Pero ¿á quién?

—¿A quién? ¿no lo he dicho ya? á don Luis, al secretario del Duque! déjeme V. pasar.

—Eso no puede ser; si tal cosa hiciera, sabe Dios á lo que me expondría.

—¡Oh! no: yo le juro, por el contrario, que cediendo á mi ruego se hará V. acreedor á la gratitud de Luis. Sí, sí, él se alegrará mucho de verme, de hallarme á su lado; porque V. no sabe, no puede saber...

—Pero... yo no me atrevo... ¿qué dirá cualquiera que vea...?

—Yo procuraré que nadie repare en mí, y solo con que le hable un instante, saldré, saldré... ¿para qué quiero yo estar aquí? y él le recompensará á V. por este favor.

—Si es de tal interés... murmuró aquel hombre casi vencido por los ruegos de Teresa.

—¡Oh! me importa más que la vida.

—Entonces... pase V. y allá se las componga; yo en diciendo que no ví...

La anciana se precipitó dentro del palacio, y despues de subir la escalera, de cruzar algunas piezas extensas y magníficas y de atravesar algunas galerías, sin que nadie, por una providencial casualidad, se fijase en ella, llegó, sin saber cómo, y guiada por una voz que penetró en su alma, á la puerta de una sala lujosamente amueblada, donde algunos escribientes trabajaban aun ante una mesa, mientras un caballero joven y elegante hojeaba tambien papeles

junto á un lujoso bufete, un poco separado de ellos.

Teresa fijó su mirada en él, y estuvo á punto de morir: de sus labios se escapó un ligero grito, sus mejillas palidieron densamente y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Al eco de su gemido, aquel hombre alzó la vista y miró á la anciana un instante.

Su frente se enrojeció, sus labios se pusieron lividos, pero ni se movió de su asiento ni pronunció una sola palabra.

Teresa dejó su sitio y dió algunos pasos hácia adelante.

Los escribientes, embebidos en su faena, no se apercibieron siquiera de su presencia.

En cuanto al hombre que se habia estremecido al verla, fingió no reparar en ella, y siguió escribiendo con mano rápida; ¡pero aquella mano temblaba!

La anciana estaba tan conmovida, tan debilitada por la fatiga y por la emocion, que á cada paso que adelantaba, su vista se oscurecia y sus piernas se doblaban.

¡Ya estaba cerca, muy cerca de aquel hombre! tanto, que al extender su mano podia tocar sus vestidos, y sin embargo no se atrevia á hablar, no encontraba una palabra que pronunciar!

—Luis, murmuró al fin bajo, muy bajo, ¡Luis!

Él no alzó los ojos.

Ó no la escuchaba ó lo fingia admirablemente.

—¡Hijo! hijo de mi alma! dijo Teresa tan quedo que parecia que esta dulce palabra no podia separarse de sus labios: hijo mio!

La fisonomía del secretario del Duque de B. se contrajo de un modo terrible, pero su primer movimiento fué dirigir una mirada recelosa en torno, por ver si alguien habia escuchado que aquella mujer pobre, miserable, casi mendiga, le llamaba hijo.

Su bufete estaba muy retirado de los demás y ella habia hablado con un acento tan medroso que ninguno habia alzado la cabeza siquiera.

Esto pareció tranquilizar á aquel hombre cuyo rostro adquirió una expresion fria y dura.

—Hijo mio! volvió la anciana á repetir, soy yo, tu madre, ¿no me conoces? oh! los años y las penas me han trasformado mucho y... no es extraño; ¡yo siempre te hubiera reconocido á tí!

En el alma de Luis, pues era él, tenia lugar una lucha espantosa en que comba-

tian por partes iguales el sentimiento y el orgullo.

Aquella mujer que anhelante tendia á él sus manos, que casi se arrastraba á sus piés, y en cuya mirada empañada por el llanto habia tanto amor, tan inexplicable ternura, era su madre, la que le habia dado el ser y la vida, y el jóven sentia impulsos de abrirle sus brazos y estrecharla en ellos. Pero estaba tan mal vestida, tenia un aspecto tan humilde, que el orgullo cerraba sus labios y el color de la vergüenza encendia su faz al solo pensamiento de realizarlo.

Ella, por un instinto del alma, lo comprendió así y murmuró con anhelo:

—No tengas cuidado, nadie nos oye; yo no diré que soy tu madre; pero mirame, deja que toque tu mano siquiera! mira que hace quince años que no te veia! quince años que lloro por tí!

Á pesar de la promesa de la pobre madre, su pecho se levantó en un ancho sollozo que llamó la atencion de algunos que habia más cerca.

—¡Qué van á decir! pensó Luis viendo que empezaban á hablar bajo y á mirarle con curiosidad, es preciso acabar.

Y extendiendo su mano con un movimiento nervioso hizo sonar un timbre.

El portero apareció.

Teresa miró con ansiedad á su hijo. Luis vaciló un instante; era horrible lo que iba á hacer.

Pero el demonio de la vanidad agitó en torno suyo las negras alas, y dispó su ligera duda.

—¿Desde cuándo, preguntó con altivo acento, se deja que todo el mundo penetre en esta casa y que hasta los mendigos lleguen...?

Un grito horrible respondió á estas palabras y Teresa rodó por el suelo.

—Señor... yo creí... dijo el portero titubeando.

—Esa mujer se muere, exclamó un jóven acercándose con rapidez.

—¡Siquela V. de aquí, murmuró Luis pálido como un cadáver, quizá haya cerca alguna casa de socorro... tome V. este bolsillo y haga V. que nada la falte: yo... no sé quien es... pero sin duda vendria á implorar nuestra caridad... dele V. dinero, pero que la alejen de aquí pronto. Si el Duque llegara á ver...

Ya iban á cumplir las órdenes de aquel miserable, cuando un nuevo personaje apareció á la puerta de la estancia.

Era Rafael.

Rafael, que al ver que su madre tardaba habia salido en su busca, y guiado como ella por el nombre del Duque, llegaba en el instante en que iban á sacarla de allí.

Nadie habia podido cerrarle el paso, distraídos con aquel suceso.

—Madre! gritó el jóven al mirarla sin conocimiento; madre mia, ¿qué ha pasado aquí?

Y acercándose á ella la colmaba de caricias y de lágrimas.

La anciana abrió los ojos reanimada por el calor de aquellos besos, y abrazándose con afán á Rafael,

—Gracias, Dios mio, gritó con delirio, ¿este no conoce la maldita vanidad! este no reniega de mí!

—¿Y mi hermano? preguntó el jóven sin entenderla, ¿le ha visto V.? ¿me va á librar al fin?

—Tu hermano! dijo Teresa con desvario, mírale allí!

—Luis! exclamó Rafael queriendo correr hácia él, mientras su madre le sujetaba por un brazo, murmurando:

—No, Luis no! ¡Cain, Cain sin entrañas que se avergüenza de su madre, que reniega de ella! ¡nuevo ángel caído, ciego como Luzbel por el orgullo y la vanidad!

—Madre! preguntó Rafael, ¿qué quiere V. decir?

—Que me saques de aquí, que no quiero volverle á ver... aunque pediré á Dios que le perdone!

Luis, que habia presenciado aterrado aquella escena; Luis, que veia todas las miradas fijadas en él; que se sentia humillado, herido en su orgullo, en su vanidad, en su soberbia, quiso salir y ocultar su furor, avergonzado de que todos conociesen la oscuridad de su nacimiento.

Otra humillacion le esperaba aún, porque Dios es justo y abate á los soberbios.

El Duque de B., confundido entre su servidumbre, acababa de oirlo todo.

Se acercó á él y le dijo con severidad:

—Luis, sin preguntar á V. su origen y juzgándole digno y honrado, condiciones superiores al nacimiento, le tomé bajo mi proteccion y le elevé al puesto que ocupa; hoy empero le arrojo de mi lado, porque el que es un mal hijo, el que desconoce y olvida á una madre, ni puede ser buen servidor, ni puede ser sincero amigo.

Después, volviéndose hácia Rafael añadió con un tono más dulce:

—Jóven, yo me encargo de hacer lo que su hermano le negaba, yo le amparo desde hoy: V. en su humildad vale mucho á mis ojos, porque el que cumple con su deber es digno del aprecio de todo corazon noble y leal. Cuide V. de esa anciana de quien no se separará nunca, y que puede llamarle con el santo título de hijo bueno, el más hermoso que el hombre puede ambicionar.

El Duque de B. cumplió su palabra, dando á su protegido el dinero necesario para librarse del servicio de las armas, y para comprar una pequeña heredad. Teresa volvió á su aldea, donde vivió tranquila al lado de Rafael, enseñando á los hijos de este que la humildad y la modestia son el principio de la felicidad en este mundo y de la paz del alma tambien. Vivió tranquila, pero no feliz, porque turbaba su sosiego el recuerdo de aquel hijo á cuya desgracia habia contribuido.

En cuanto á Luis, ¿qué diremos de él? ¿puede haber bien ni dicha para los malos hijos? ¿puede haberla para los soberbios que desprecian á sus semejantes? No, no puede ser! Luis, pues, fué siempre muy desgraciado.

¡Oh! santa modestia, bendita humildad, amable sencillez; virtudes suaves, violetas del cielo que perfumais la existencia; anidada en el alma, floreced en el corazon de la tierna infancia y de la pura juventud, y vosotras, ayudando á la religion cristiana, hareis en nuestra sociedad una reunion de hombres útiles y de seres buenos y felices.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LOS JAZMINES.

En un valle en que giran
las invisibles áuras,
perfumes celestiales
llevando entre sus alas;
bajo la alegre sombra
que dan las verdes palmas,
junto á un manso arroyuelo
de cristalinas aguas,
y en lecho de azucenas
más que la nieve blancas,
se halla la Virgen Pura
apenas reclinada,
cual nubecilla leve
que suspendida vaga.

No turba ni un sonido
de aquel lugar la calma.
Los ángeles que en torno
su dulce sueño guardan,
extienden por el valle
las impalpables alas,
buscando en él las flores
más bellas y lozanas,
para adornar las sienes
de la que Dios formara
más grande que los cielos
que tiene por morada.
Y alzándose ligeros
sobre las verdes ramas,
de nitidos jazmines
formando una guirnalda,
coronan de María
la frente inmaculada.

Sus rizos les prestaron
perfume, encanto y gala;
las áuras desde entonces
en torno de ellos vagan,
y en ellos de la aurora
las perlas se derraman;
el céfiro suspira
cuando rozando pasa;
la fuente bulle alegre
si en ella se retratan;
de más altivas flores
su esencia es envidiada,
y al alma dan consuelo
porque tambien los ama,
pues son de la inocencia
corona perfumada.

Maria G. Galan y Godoy.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

V.

Algunos dias habian bastado para convertir el naciente amor de Ricardo y Elena en una pasion ardiente y profunda que les dominaba por completo, sobre todo á la jóven, que no tenia otro mundo ni otro afan que Dervil.

Cárlos, confidente forzado de su amigo, tenia que medir uno á uno los progresos de aquel cariño, y ser mudo espectador de los sueños de felicidad de aquellas dos almas apasionadas.

Su situacion era terrible y violenta por demás.

Pero como el huérfano tenia un corazon

grande, noble, elevado; como por otra parte á nadie podia acusar de su desgracia; en vez de dar cabida en su pensamiento á mezquinas ideas de venganza, á culpables arrebatos de enojo y de rencor, tomó generosamente el partido de ser el verdadero hermano de Elena, y de consagrarse á velar por su felicidad, ya que la dicha no podia existir para él.

Jamás con una palabra ni con una mirada intentó turbar su ventura: jamás amigo más fiel tomó parte en los proyectos de los amigos de su corazon.

Así se pasó algun tiempo.

Frente á la casa que habitaba Elena, y dominado por los balcones de su habitacion, existia un espacioso jardin, lleno de árboles y de verdura, pero mal cultivado, abandonado, triste.

El palacio á que pertenecia estaba sin duda inhabitado hacia algun tiempo, pues la multitud de balcones y ventanas de su fachada interior, que tomaban la luz de aquel jardin, habian permanecido siempre cerrados. Un dia, y con sorpresa grande de Elena, un sinnúmero de criados se vió que invadian el palacio.

Los balcones se abrieron de par en par, las lujosas colgaduras se agitaron, las persianas se descorrieron: dos ó tres jardineros, tomando posesion de aquel espacio, quitaban con afanosa prisa las hojas secas, los troncos caidos; cubrian de arena fina y menuda las calles de árboles, y colocaban profusion de macetas llenas de frescas y bellísimas flores.

—¿Quién vendrá á habitar el palacio? pensó la jóven mirando aquel inusitado movimiento. ¡Oh! muy ricos serán sin duda nuestros nuevos vecinos, cuando tanto lujo y tantos criados se observan desde aquí.

Todo aquel dia y otros dos más siguieron empleando en la trasformacion de la, hasta entonces solitaria casa, y segun los tapiceros, los criados y los trabajadores invertidos en ella, debió quedar magnífica y elegantemente decorada.

Aunque Elena era modesta y sencilla en sus gustos, desde que amaba á Ricardo sentia á veces extraños pensamientos, vagos ensueños de ambicion y de riqueza, y no por ella ciertamente, sino por él tan solo.

Si un bello traje, si un rico adorno se presentaba ante su vista,

—¡Oh! pensaba, si yo poseyese esos atavíos, acaso apareceria más bella á sus ojos, acaso me amaria más! Él está acostumbrado á los goces de la fortuna, y quizá algun dia me encuentre demasiado humilde para merecer su amor.

Cuando vió, pues, el lujo, la ostentacion que se desplegaba en aquella casa, suspiró vagamente y murmuró fijando su pensamiento en su amante:

—Qué felices serán los dueños de ese palacio! si fuese mio, ¡con qué placer recibiria en él á Ricardo, con qué alegría veria que esos árboles le daban su sombra, esas flores sus encantos, esas rosas sus perfumes!

Cuando se ama de veras, ¡cómo quisiéramos ofrecer todas las bellezas y todas las galas de la creacion á la persona á quien amamos!

La niña miraba con curiosidad hácia aquella hermosa casa, teniendo una especie de afan por descubrir á las personas que iban á habitarla en adelante.

Por fin, en la tarde del tercer dia el ruido de un carruaje se escuchó rodar sobre empedrado de la calle, los criados del palacio corrieron en todas direcciones, y la jóven pudo escuchar desde su estancia algunas voces anunciando la llegada de los señores.

Un cuarto de hora despues, un balcon principal, el que caia justamente frente á las ventanas de Elena, se abrió de repente apareciendo en él una jóven tan bella, que más parecia la realizacion del sueño de un artista que una criatura humana.

Se asomó alegremente y miró con atencion al jardin.

Una señora de alguna edad estaba á su lado y la jóven le indicó con la mano algunas flores sin duda, pues Elena pudo oir que decia:

—¡Oh! qué bello es todo esto! qué hermoso cielo el cielo de España, tan lleno de luz, tan lleno de alegría! mira, mi buen aya, mira qué rosas tan frescas, qué flores tan lozanas. ¡No se parecen por cierto á las pobres flores de la nebulosa Albion, donde hemos pasado tantos años.

—Pero vamos, Miss Fanni, retírese V. de ese balcon: acabamos de llegar y estará fatigada sin duda. Descanse V. un poco y despues...

—Te aseguro que estoy bien; solo deseo despojarme de este traje de camino, y luego...

—Luego pasaremos al comedor, pues la sopa estará servida dentro de media hora, segun acaban de anunciarme.

—Y á papá no le gusta esperar, bien lo sé. ¡Cómo ha de ser! me resignaré á esperar hasta mañana para visitar mis flores y mi invernadero. Llama á María, mi buena Ana, y veremos al par si falta algo en el tocador.

(Se concluirá)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.



AMOR DE MADRE.

MADRIGAL.

Dormia sin pesares blando niño,
Y su madre velaba el dulce sueño,
Cabe lecho tan puro como armiño,
Como nido de tórtolas risueño.

—Madre, toma,—con labio balbuciente
Dijo soñando el niño en su embeleso,
Y flébil, cual rumor de clara fuente,
Oyóse el vago son de un tierno beso.

Moviendo del infante los cabellos,
Los céfiros gimieron de delicia;
Y la madre intentaba aborrecellos,
Del hijo por robarle una caricia.

Francisco Jimenez Campana.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

CONTINUACION.

VIII.

Ya hacia largo tiempo que Lucila deseaba bajar á San Mauricio: un domingo, en que la mañana estaba hermosa, se apoyó en el brazo del doctor y se dirigió á la aldea: Federico iba á su lado. Cuando llegaban á la plaza, la multitud silenciosa habia entrado en el templo y comenzaba el oficio divino. Los aldeanos, que solo conocian á la señora de Montsabrey por sus beneficios, apenas habian visto á su hija, pero la pobre inocente habia sido por espacio de diez años la preocupacion de la aldea. La noticia de su muerte los habia consternado, y su resurreccion era el asunto de todas las conversaciones. La dueña del *Águila de Oro*, no titubeaba en decir á cuantos llegaban, que Federico era el que la habia salvado y devuelto la vida y la razon. Como el jóven pintor era apreciado en toda la aldea, nadie se habia opuesto á creerlo: por manera, que en dos leguas á la redonda, Federico pasaba por haber resucitado, en menos de un año, al grande San Mauricio, y á la señorita de Montsabrey. Acudian en peregrinacion á visitar el cuarto que habia ocupado en el *Águila de Oro*; y durante la misa todas las miradas se fijaron en él y en Lucila. Ambos eran tan hermosos y tan encantadores, que el pensamiento no podia menos de destinarlos al punto el uno para el otro. Al salir de la iglesia, la multitud los rodeó y los acompañó hasta la casa del cura. Lucila pasó el resto del dia en el presbiterio y se retiró con el corazon impregnado del buen perfume que

allí se respiraba. Habia vuelto á tomar el brazo del doctor, pero á los pocos pasos este, deteniéndose por un grupo de mujeres que desde por la mañana acechaban su vuelta, tuvo que ceder á Federico el brazo de la señorita de Montsabrey. Los dos jóvenes atravesaron la plaza y llegaron al sendero de la montaña, sin escuchar las conversaciones de la muchedumbre que les dejaba expedito el paso.

—Sin embargo, él es quien la ha salvado, decia uno.

—Y será bien recompensado, añadia otro. Es una excelente cura á fe mia, pero la jóven es hermosa.

—Creedme, compadre, proseguia un tercero, solo la juventud puede salvar á la juventud.

—Pardiez, decia el maestro Sylvano, hé ahí un parisiense que no ha perdido el tiempo entre nosotros. Es muy buen oficio el de pintor.

—Sí, replicaba Leonardo, eso produce más que varear las nogueras.

Lucila y Federico se apresuraron á sustraerse de la curiosidad de los habitantes, y caminaban por el desierto sendero apoyado el brazo de la jóven en el de su amigo. Era la vez primera que se encontraban solos, y se embriagaban sin turbacion ni remordimientos con aquella felicidad que no habian buscado. No se decian nada que el doctor y el cura no hubieran podido oir, y con todo se conceptuaban dichosos de caminar el uno al lado del otro sin más testigo que la celeste bóveda. Jamás les habian inquietado las miradas que los vigilaban, y no obstante, gozaban con delicia aquella primera hora de soledad y de libertad. La tarde estaba hermosa: á alguna distancia del palacio fueron á sentarse en el otero en que Federico vió por primera vez á la señorita de Montsabrey. Las estrellas comenzaban á aparecer, y en los setos resonaban los gorgoros de las avejillas que se retiraban á sus nidos. Largo tiempo permanecieron en silencioso recogimiento, mirando los naranjados colores de la postura del sol y del crepúsculo, prestando atento oido al confuso rumor que se sentia en el valle y abismados en la contemplacion del esplendor de la noche.

—Aquí fué, dijo por fin Federico, en este sitio, en donde nos encontramos, en el que os ví por primera vez, un hermoso dia de otoño. No hice más que veros al paso y desde entonces fuisteis la única preocupacion de mi vida.

Y el jóven pintor refirió el repentino interés que le habia inspirado la suerte de Lucila. Sus palabras tenian la facilidad y la elocuencia de los sentimientos sinceros: Lucila, encantada, no pensaba en interrumpirle: la voz de Federico

llegaba hasta su corazón más fresca y más embalsamada que el viento que hacia inclinar en derredor suyo las yerbecillas y las floridas retamas.

Cuando concluyó de hablar:

—¿Con que según eso, le dijo, antes de conocerme pensábais en mí y os interesábais en mi desgracia? ¡Cuán bondadoso sois, amigo mío!... Escuchad, puesto que estamos solos, quiero decir una cosa que jamás me he atrevido á decir delante del doctor y del cura. En el tiempo en que mi vida no era más que un sueño penoso, veía todas las noches un ser misterioso que se sentaba junto á mi cabecera y que se os asemejaba como un hermano. Mirábame sonriéndose, y yo sentía que mi inteligencia se desprendía sin esfuerzo de los lazos que la oprimían. Me hablaba y encontraba sin trabajo palabras que contestarle: tenía todas vuestras facciones; su voz era suave como la vuestra, y cuando os ví al despertar, reconocí al amigo que me visitaba en mis sueños.

Habían vuelto á caer en sus reflexiones silenciosas; callaban para escuchar mejor el lenguaje divino de sus almas. Á dos pasos del collado en que se hallaban sentados, el doctor, que acababa de llegar, y á quien no veían, los miraba ya hacia algunos instantes, con ademán triste y pensativo.

—Hijos míos, dijo con bondad, ya es tarde; Hipócrates es de opinión que no conviene exponerse por mucho tiempo al fresco de las noches serenas.

(Se continuará.)

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

FLORES DEL CIELO.

EL MANTO DE NIEVE.

Corría el año 304 y era una tarde templada y apacible del mes de Febrero.

La naturaleza, sacudiendo el entorpecimiento que la había embargado por algun tiempo, se sentía estremecer por las primeras aunque lejanas brisas de la primavera.

Las violetas, tímidas y recelosas, empezaban á asomar sus moradas cabezas, exhalando el perfume que se escondía entre sus hojas, más penetrante y más suave aún, cuanto con más modestia se afanan por ocultarlo.

Los árboles, cubiertos ya de verdes botones, prometían un mundo de flores y frutos regados

por los arroyos de plata, que desatados de sus lazos de hielo corrían tranquilamente á sus pies, y los pajarillos, sacudiendo sus rizadas plumas, alzaban un canto de alegría y gloria al Autor de la vida, de la armonía y de la luz.

Sentadas en un pequeño terrado, iluminado por los últimos rayos de un sol Poniente, se hallaban dos mujeres, que competían en serena hermosura con el cielo que cubría sus cabezas y las preciosas flores que en pequeños y pintados tiestos crecían á su alrededor.

Sobre la frente de una habían pasado ya treinta y dos otoños, sin haber robado ninguna hoja á la plácida flor de su belleza; cubría su talle con un traje enteramente oscuro, mientras su frente tersa y serena se envolvía como en una nube, entre sus blancas tocas de lino. Sentada en un pequeño sitio y con la mejilla apoyada en la mano derecha, escuchaba atentamente la suave voz de su compañera que leía arrodillada casi á sus pies.

Esta era una joven, digo mal, una niña en cuyo rostro brillaba la celeste belleza de los ángeles.

Su frente tenía el color de la azucena, sus ojos el purísimo azul del cielo y la expresión sin igual de la inocencia, su boca era un grano de coral dividido en dos, y sus cabellos, partiendo en rizadas ondas sobre su espalda, iban á tocar casi el suelo en que se apoyaba á las plantas de su madre.

Vestía una túnica de lana blanca plegada en su cintura, con una banda celeste, y celeste era también el pequeño borceguí en que se encerraba su blanco y diminuto pié.

Una cinta del mismo color ceñía su frente y sujetaba el oro de sus cabellos.

La postura en que se hallaba, la expresión de su semblante y la suave luz de sus hermosos ojos, la daban la apariencia de un serafín enviado acaso por Dios para ser el ángel custodio de algun mortal sobre la tierra.

—¿No continuas, hija mía? dijo Eufrosina, notando que la niña se había detenido un momento en su lectura.

—Es verdad, mi querida madre, perdona, murmuró Eulalia con dulce acento; es verdad, me hallaba distraída.

—Y ¿qué pensamiento puede ocupar tu mente que así te hace olvidar que te escucho yo? ¿es acaso de más interés que las máximas que me lees?

—No por cierto, replicó la niña ligeramente turbada, pero...

—Algo me ocultas, hija; algo me ocultas.

—Yo... ¿en qué te fundas para creerlo?

—En que desde hace algunos días te veo

sin cesar triste y pensativa. Ayer, sin ir más lejos, te estremeciste al sentir mi voz y al verme á tu lado, cuando sin duda no me esperabas: anoche, al despedirte de mí para retirarte á tu estancia, sentí que una gota de llanto caía de tus ojos hasta mi mano, cuando te inclinaste para besarla.

—¡Madre!

—¿Cuál era el dolor que producía aquellas lágrimas? ¡aquellas lágrimas, las primeras acaso que no has venido á derramar en el seno de tu madre.

Las mejillas de Eulalia se tiñeron de una subida púrpura, su boca se agitó como para pronunciar una palabra y sus miradas se fijaron con afán en el semblante de Eufrosina; pero al notar la ansiedad que se retrataba en aquel rostro, al ver la expresión angustiosa de aquellos ojos, el secreto que iba á salir de sus labios quedó perdido en ellos, volviendo á su corazón para morir allí sin duda.

—No, pensó con dolor, ella no sabrá nada, su pesar y su angustia me quitarían el valor.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

PAZ Á LOS MUERTOS.

(Conclusion.)

—Dar paz á los muertos, ya que vos dais muerte á los vivos, replico Ferrant con la dulzura del respeto que contiene, y la firmeza de la convicción que no se doblega.

—¡Paz á los muertos! barbotó el castellano lleno de rabia. Yo te juro por mi espada que no lograrás tu intento, hijo rebelde, y tú mismo vas á volver el cadáver de ese traidor al sitio que ocupaba!

Ferrant se negó resueltamente á cumplir la orden impía de su padre, porque sabía que la autoridad paterna tiene un límite, que termina donde lo que es bueno y justo acaba. Como el cable, que flexible, pero fuerte, resiste el embate de las olas, resistió sumiso pero firme las amenazas del castellano.

Entonces aquel padre desalmado, en cuyo corazón ahogaba el crimen la voz de la naturaleza, arrojó á Ferrant del castillo, y el caritativo doncel abandonó los dominios de sus mayores solo, desvalido y llevando en su escarcela, como único tesoro, una flor que había cortado en la tumba de su madre.

Pero desde la partida de Ferrant, en vano trataba el castellano de Valdecoz de distraer en la guerra y en la caza la negra melancolía que también desde entonces le roía el corazón: el primer dolor con que el remordimiento hiere la conciencia del criminal es con la impotencia de deshacer su crimen.

Una mañana el castellano, más triste y taciturno que de costumbre, salió á caza en un bosque que formaba el límite del señorío, y en vano los hombres de

armas le esperaron un día y otro día, porque el castellano de Valdecoz no volvió nunca.

Á poco decíase por los alrededores que en el silencio de la noche salía de aquel bosque una voz triste, trágica, que exclamaba:

«¡Paz á los muertos!... ¡Paz á los muertos!...»

Los años, cuya rapidez atterra, pero que mientras se miran desde lejos parecen una inmensa cadena de días, cuyo último eslabón se pierde en la eternidad, cambiaron el aspecto del señorío de Valdecoz: los niños se hicieron hombres, los hombres viejos, los viejos se hicieron... polvo.

Ya no resonaban en el castillo los cantos de los hombres de armas, ni la vozina del vigía de la torre del homenaje anunciaba el día, el medio día y el crepúsculo: solitario, y cubierto de esas yerbas que el tiempo y el abandono hacen nacer en los edificios, como las penas y los años hacen nacer las canas en la cabeza del hombre, parecía oprimido por el peso de los siglos.

Solo aquella voz triste, trágica, continuaba á la media noche resonando en el bosque con el afán del que pide, con la tristeza del que se queja, con la angustia de un lamento:

«¡Paz á los muertos!... ¡Paz á los muertos!...»

Ferrant el Bueno volvió al señorío de su padre después de haber combatido á los árabes como simple soldado durante los veinte años que duró su ausencia. Al pasar por el bosque era la media noche, y más triste que nunca llegó á sus oídos el misterioso lamento: el piadoso Ferrant, que no temía sino á Dios, entró denodadamente en la espesura, murmurando estas tres dulces palabras, amparo real contra toda clase de peligros: *Jesus, María, José.*

En medio del bosque abríase un gran círculo árido y triste, que contrastaba con la verdura de los árboles que, como horrorizados, no osaban traspasar aquella circunferencia: en su centro vió Ferrant destacarse un cadáver informe, sucio y medio podrido por la intemperie. ¡Cosa rara! aquel cadáver tenía abiertos los ojos, como si la muerte mirase y pidiese algo á la vida; Ferrant se aproximó poseído de un religioso terror, y dió un grito terrible al reconocer á su padre en aquella masa inerte.

Pasados los primeros trasportes de dolor y de sorpresa, Ferrant intentó abrir con su espada una fosa en que sepultar el cadáver de su padre; pero la tierra, dura como había sido el corazón del castellano, seca como lo fueron sus ojos, repelente como lo fué su mano para la desgracia, rechazó el acero cual si fuese duro mármol, negándose á dar una tumba al castellano de Valdecoz. Ferrant vió la mano de Dios que castigaba al impío.

Peró aquel impío era su padre, y el buen hijo oró, rezó, humilló su frente en aquel suelo, instrumento de la justicia divina, y las lágrimas, que todo lo borran, que todo lo alcanzan, corrieron abundantes de sus ojos, viniendo á humedecer la tierra y á ablandar sus entrañas. Ferrant vió entonces que esta se abría lentamente por sí sola, dejando aparecer una fosa en que el piadoso hijo depositó el cadáver de su padre.

Los villanos de Valdecoz no volvieron á oír más aquel triste grito que pedía:

¡Paz á los muertos!

LUIS COLOMA.

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO,
Plaza de Ayuntamiento, 15.